

cer las faltas del ministerio, cien mil libelos autorizados, vendrían á enseñarle sus deberes y á recordarle la observancia de los usos antiguos.

Dos instituciones, el cuerpo de letrados y el oficio de los censores, sirven ó deberían servir de contrapeso al despotismo imperial.

El cuerpo de letrados forma una verdadera aristocracia que no es el resultado de los privilegios de la sangre, sino que se renueva perpétuamente por los exámenes y los concursos. Esta institución, que es la aristocracia del talento, ha contribuido poderosamente á la larga duración del imperio y solo ella tiene el poder de mantenerlo todavía sobre sus conmovidas bases. Los títulos hereditarios no son conocidos en China, excepto los de la descendencia de Confucio; pero se confieren títulos retrógrados que ennoblezcan á los antepasados del hombre ilustre que se quiere recompensar, y cuya honra tienen los chinos en grande estimación.

Todos los magistrados, oficiales civiles y empleados que pertenecen exclusivamente á la clase de letrados, están designados con la calificación genérica de *Kuang-Tu*, que se ha traducido impropriamente por *mandarines*. Y no se llega á los empleos superiores de la administración, sin haber antes recibido los primeros grados de las letras; los unos son las consecuencias absolutas de los otros. Los mandarines están clasificados en nueve órdenes, que se distinguen entre sí por medio de unos botones tamaños como huevos de paloma y que se llevan encima del sombrero oficial. Los tres primeros órdenes tienen por divisa el boton rojo, siendo el primero de coral liso, el segundo de vermellon cincelado, y el tercero de punzó; el cuarto y quinto se distinguen por el boton azul opaco (de lápiz-lázuli) y azul trasparente (de vidrio); el sexto lleva el boton blanco opaco (de jada); el sétimo de cristal de roca; y el octavo y noveno de cobre dorado y labrado. Hé ahí, pues, la organización de este singular cuerpo de letrados; que sin fraude en los exámenes y sin corrupción en la práctica, formaría la mas racional de las instituciones políticas que pueden citarse entre todos los pueblos del mundo.

El oficio de los censores, análogo al de los romanos, se compone de magistrados, que sin ninguna autoridad directa tienen el derecho de examinar y reprender en toda su estension. Los censores ejercen absoluta inspeccion en las costumbres y conducta de los mandarines, de los ministros, de los príncipes y hasta del emperador. Se han encontrado en el palacio de verano algunas de estas reprensiones, á propósito de abusos de poder, que muestran hasta qué punto son: ó consienten aparecer justiciables los emperadores.

Además del oficio de los censores, el gobierno supremo se compone:

1.º Del *Nei-ko*, ó consejo privado, cuyos miembros son ocho *Tchung-tan* ó grandes letrados, cuatro manchúes y cuatro chinos. El consejo privado tiene el encargo, segun el libro oficial de los estatutos, de poner en órden y manifestar el pensamiento del emperador en formas administrativas: es una especie de consejo de Estado.

2.º Del consejo de ministros, compuesto de ocho miembros del *Nei-ko* y de los presidentes y vice-presidentes de los seis consejos soberanos ó ministerios. El consejo de ministros delibera con el emperador sobre todos los negocios políticos.

3.º El tribunal de casacion, donde entran todos los miembros de los ministerios y los censores. Resuelve las apelaciones en materia criminal y las sentencias de muerte: sus decisiones han de tomarse por unanimidad, y en caso contrario juzga el emperador en último recurso.

Los seis consejos soberanos ó ministerios son: el *Li-pu*, ó ministerio de los empleados civiles que corresponde á nuestro ministerio de la Gobernación; el *Hu-pu*, ó ministerio de rentas públicas (ministerio de Hacienda); el *Ly-pu*, ó ministerio de los ritos, que es á la vez ministerio de Estado y de Bellas artes (1); el *Ping-pu*, ó ministerio de la Guerra ó de la Marina; el *Hing-pu*, ó ministerio de los castigos (ministerio de Justicia); y el *Kung-pu*, ó ministerio de Obras públicas (ministerio de Fomento).

La administración superior comprende además la comision de las colonias encargada de la vigilancia de los mongoles, de los tibetanos y mahometanos de la frontera occidental; la academia de los han-liu (Han-lin-yuen, el bosque de los pinceles) que tiene con el ministerio de los ritos la direccion de la administración pública; y en fin, el consejo de administración del palacio, encargado de todos los negocios de la casa imperial.

Tales son los principales resortes del gobierno chino; resortes gastados por tres mil años de rozamiento.

Las provincias están administradas por un gobernador general que representa al emperador; despues vienen el gobernador civil y el militar; despues una multitud de mandarines, cuyo poder y atribuciones dependen del jefe civil ó del jefe militar. Para impedir la conspiraciones, los emperadores manchúes han decretado que nadie sea funcionario en su pais natal ni pueda ejercer cargo ninguno en la misma provincia por espacio de mas de tres años. El código chino prohibia ya á los funcionarios adquirir bienes y casarse en su territorio jurisdiccional. Estas mutaciones perpetuas han contribuido en gran parte á

(1) Este departamento está dividido en dos desde 1862. Ahora hay en Pekin un verdadero ministerio de Negocios Extranjeros.

debilitar la fuerza del gobierno y motivado las últimas insurrecciones. Todo el imperio está dividido en concejos, compuestos teóricamente de cien familias, cuyo jefe, nombrado por eleccion, es responsable de los impuestos, de la conservacion de los caminos y del cumplimiento de los servicios ó cargas públicas.

Inútil es entrar en mas pormenores sobre el gobierno chino, materia que ha sido superiormente tratada por Abel de Remusat en sus *Misceláneas analíticas*; mas recientemente por Mr. Pauthier, en su obra titulada *China moderna*, y en fin, en los populares libros del padre Huc.

Sin embargo, nos ha parecido conveniente poner á la vista del lector un conciso tratado de este antiguo gobierno, que ha sido muy desacreditado, despues de haber sido en gran manera admirado. ¿Quién, por otra parte, podrá negar que la forma administrativa adoptada por un Estado no tenga una relacion directa con sus costumbres?

XIII.

LA RELIGION.

Indiferencia religiosa de los chinos.—Musulmanes, cristianos y judios.—Religion de *Lao-tse*.—Idolos del temp'o Fa-qua.—Abyeccion de los sacerdotes.—Doctrina de Confucio.—El buddismo.—Reforma de Tsong-Kaba.—Lamas y Bonzos.—Mad. Bourbonlon en el Templo de los Mil Lamas.—Visita á la Bonzería de Ho-Kieu.—Magníficos jardines.—Mártires voluntarios.—El Molino de las plegarias.—Sepulturas singulares.—Refecion de la comunidad.

La religion tiene menos importancia en China que en cualquier otro pais: el fondo del carácter chino es el escepticismo. El chino no persigue con ardor otro goce, que el de las riquezas y placeres materiales; en los goces espirituales, en los que tienen relacion con una vida futura no cree el chino, ó no quiere ocuparse de ellos. Esta indiferencia, que hace la desesperacion de nuestros misioneros, está confirmada recientemente por un hecho concluyente. Al entierro de un príncipe de la familia imperial, que tuvo lugar en Pekin en 1861, se convocó á los sacerdotes de todas las religiones que existen en Pekin, por aumentar la pompa de la ceremonia fúnebre. Habia allí en confusion doctores de la razon, lamas amarillos del culto reformado, bonzos é imanes *hoei hoei*, ó musulmanes chinos ¿Es esto señal de tolerancia? No; es solamente la prueba del menosprecio con que miran las altas clases en China las formas religiosas.

Cuéntanse en este pais tres religiones principales: la religion de *Lao-tse*, la de Confucio y la de *Fo*, ó el buddismo, que es la mas estendida. Hay además un gran número de mahometanos que habitan en diferentes provincias y de los que hablaremos des-

pues al describir la ciudad de *Luan-Ha-fu*. También hay cristianos, cuya posicion ha mejorado notablemente el decreto sobre la libertad de conciencia. Y finalmente judios de los que solo existe un escaso número de familias y una sinagoga en la provincia de *Ho-nan*.

La religion *Lao-tse* pasa por la primitiva del imperio. Sus sectarios admiten muchos dogmas, que les son comunes con los de Confucio; pero creen la existencia de los dioses intermediarios, de los genios y de los demonios. Este culto ha degenerado en idolatría. Sus sacerdotes y sacerdotisas, consagrados al celibato, se dedican á la magia, á la nigromancia y á otras supersticiones. Llamáseles *tao-sse*, ó doctores de la razon; porque un dogma de su creencia, enseñado por *Lao-tse*, su fundador, admite la existencia de la razon primordial que creó el mundo. *Lao-tse* vivia hace dos mil cuatrocientos años, en la misma época que Confucio, con quien sostuvo frecuentes disputas religiosas, que continuaron despues de la muerte de ambos entre sus secuaces, y los anales chinos están llenos de querellas de los discípulos de aquel contra los de éste. Las extravagantes supersticiones de los *tao-sse*, y su pretension de conocer el elixir que da la inmortalidad, dieron á sus adversarios poderosas armas, que los pusieron en ridículo. Actualmente esta religion no se profesa mas que por la ínfima clase del pueblo.

La pagoda de *Fa-qua*, de que ya hemos hablado y que está situada en una isla del Mar del Norte en Pekin, pertenece á los sacerdotes *tao-sse*. Las anchas salas están invadidas de dioses y genios monstruosos de madera pintada: en las galerías laterales una multitud de figuras representan héroes ó santos canonizados de esta secta popular. En el centro del edificio hay cinco estatuas gigantescas: la del medio, sentada en un cogin, con el pecho y el vientre descubiertos, es una representacion del dios que ha de venir á salvar á los hombres; las cuatro restantes, que le sirven de satélites, son dioses inferiores; de ellos el primero tiene una gran serpiente enroscada á su cuerpo; el segundo lleva un quita-sol, á cuyo extremo se adhieren nubes de papel; el tercero, que tiene una cara horrible, blande un sable de dos filos; el cuarto, finalmente, toca el bandolin.

Los sacerdotes de este templo en número de quince á lo mas, no tienen traje especial, ó mejor dicho, visten sórdidos harapos. Llevan rasurada la cabeza, aunque no completamente como los *bonzos*, pues se dejan crecer en el occipucio un mechon de pelo, que sostienen con un alfiler de metal: es el único distintivo de sus sagradas personas. La miseria de estos desdichados y el menosprecio con que se les mira es tal, que su número va disminuyendo y las vocaciones tambien. Se les deja asi vivir en la abyeccion en el fon-

do de su templo, sin que nadie se ocupe de ellos; salvo algunos adeptos que van á veces á consultarles sobre sus destinos, ó á quemar papel pintado ó palo de olor al pie de los ídolos. Estas escasas limosnas no bastarían á su manutención, si no añadiesen á ellas el producto de la mendicidad, que ejercen en gran escala y del modo mas importuno. Para el chino, trabajador por excelencia, todo sacerdote es un perezoso, un zángano que vive en la colmena á espensas de las

abejas. Así, pues, el *tao-sse* se ve reducido en su vejez á alquilar por algunos *sapeques* al hijo de una familia pobre del que hace su discípulo, ó mas bien su criado, el cual viene á ser luego su sucesor.

La religion, ó mejor dicho, la doctrina de Confucio es la que profesan los letrados: el mismo emperador se ha declarado su pontífice. Tiene por base un tan-teísmo filosófico, diversamente interpretado segun las épocas. Aunque la existencia de un Dios Todopode-



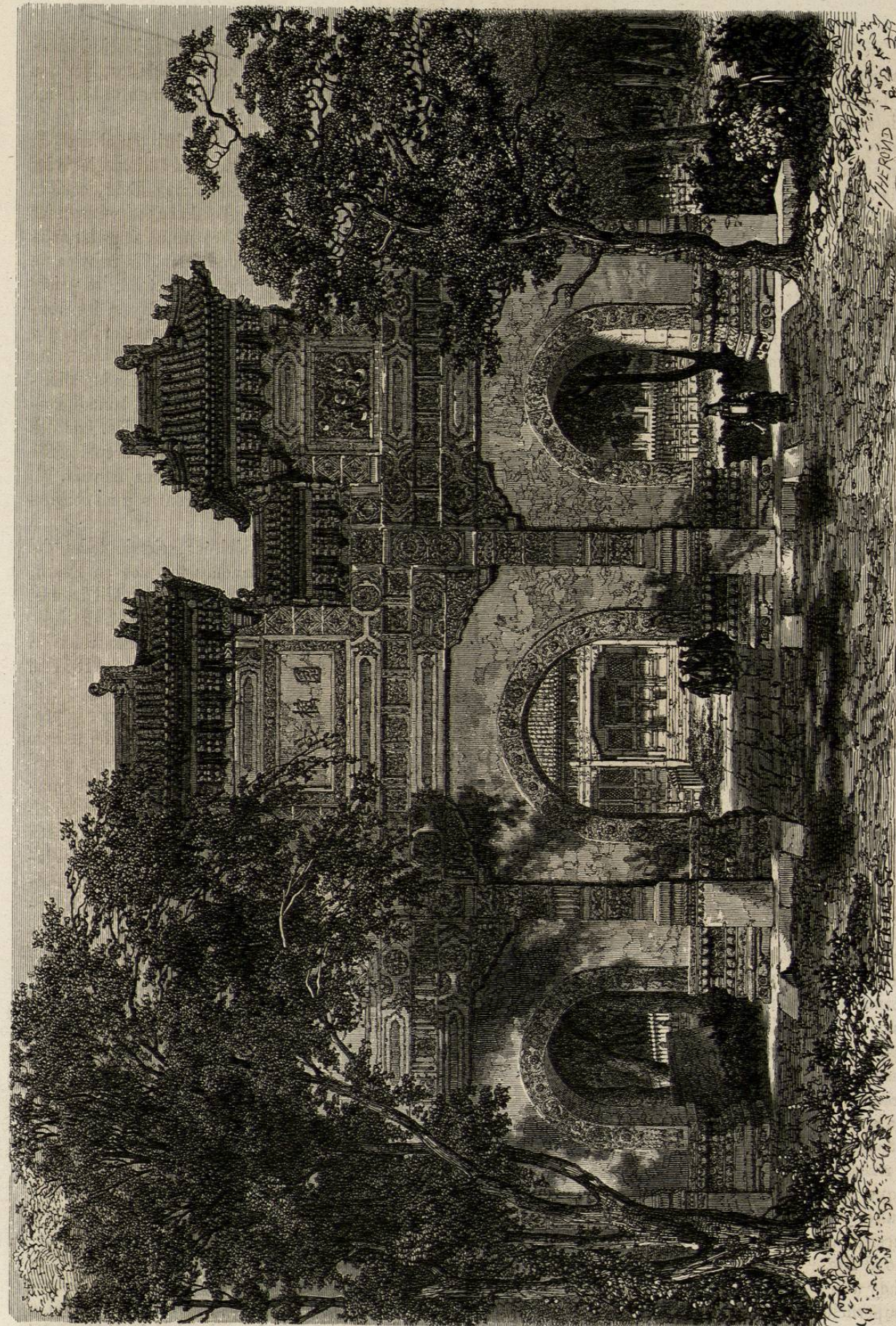
Bonzo chino quemando perfumes.

roso, remunerador de la virtud y vengador del crimen, haya sido admitida por este gran filósofo; el poco cuidado que tuvo en fundar sus principios de moral sobre la idea divina, ha traído insensiblemente á sus discípulos al materialismo. Para Confucio, el bien y la justicia entre los hombres, están en conformidad con el orden eterno de la naturaleza: lo que es malo moralmente, peca contra la armonía del Gran Todo. En ninguna de sus obras se ha dedicado á las especulaciones filosóficas sobre el origen, creación y fin del mundo: no es religioso; pero enseña admirablemente la piedad filial, el amor de la humanidad, la caridad, la abnegación... es, en fin, un gran mo-

ralista que ha formulado los preceptos de lo bueno y de lo bello, sin prejuzgar en nada los destinos del hombre ni la naturaleza de la divinidad. Confucio, nacido 551 años antes de Jesucristo y muerto en 474, fue contemporáneo de los primeros filósofos griegos, de Ciro y de Esquilo. Voltaire ha dicho de él:

«Saludable intérprete de la razón, sin deslumbrar al mundo, pero ilustrando los espíritus, habló como sabio, no como profeta. Sin embargo, se le creyó, aun en su propio país.»

Después de dos mil y cuatrocientos años, trescientos millones de hombres tributan un culto civil y religioso á la vez á aquel gran ciudadano. No



Vista del templo de Confucio en Pekin, tomada por la parte de los jardines.—De fotografía.

hay en China una ciudad que no haya erigido y consagrado un templo á su ilustre memoria: su imagen honra todas las academias; y en los pagodas de los letrados, y en los *yamun* de los certámenes y en las mas humildes escuelas de los pueblos mas recónditos, maestros y discípulos se prosternan ante la efigie del sabio.

La religion de Confucio no tiene imágenes ni sacerdotes; cada cual la practica como la entiende. Los mandarines han añadido á esta doctrina ceremonias oficiales, como el culto á los antepasados, á los astros y á los genios del cielo y de la tierra. Pero ellos mismos hacen ridículas estas antiguas creencias, que conservan para propio prestigio, entre las gentes del pueblo, y son los primeros en mofarse de los dias fastos y nefastos, de los horóscopos, de la astrología y de la adivinacion de los destinos, publicados todos los años en el almanaque imperial.

El templo principal de Confucio en Pekin está situado al Norte de la ciudad. Ya hemos hablado de este monumento: en su interior no hay nada de particular sino su vasta estension, la anchura de sus salas, la decoracion de sus plafones y sobre todo la multitud de tablillas fijadas en todas partes, donde con caracteres dorados están esculpidas las máximas del filósofo. Sobre un gran pedestal estriba un cuadro mas grande que los otros donde se lee la inscripcion siguiente:

«Al santísimo maestro Confucio.»

Por desgracia, las prácticas supersticiosas se han deslizado en el culto, y las ofrendas depositadas por las gentes sencillas, como las piezas de tejidos de seda, los vasos consagrados llenos de arroz, frutos secos y otros alimentos; sirven para halagar la pereza de los sirvientes que barren el templo, cuidan de las luces, limpian las tablillas, etc., y se han constituido por su propia virtud sacerdotes de Confucio.

La tercera religion de la China es el buddismo, que, como se sabe, nació en la India muchos siglos antes de Jesucristo. Su fundador se decia llamado á reformar la antigua religion de los indios, el brahminismo. Consideraba á todos los hombres iguales ante Dios, y los admitia á todos, sin distincion de castas, á las funciones sacerdotales y civiles, asi como á las recompensas de la vida futura. Esta religion de dulzura y fraternidad era muy opuesta á las tradiciones aristocráticas de los brahmanes para que la aceptaran sin resistencia, y la combatieron con todas las armas de que podian disponer, asi espirituales como temporales, y aun con bárbaros atropellos, acabando por vencerla despues de una lucha de mil años. Rechazado al Norte y al Sur del Himalaya, el buddismo es hoy aun la religion que cuenta mas sectarios sobre la superficie del globo. Comenzó á penetrar en China hácia el primer siglo de nuestra era, haciendo rápi-

dos progresos en el pueblo, cuya imaginacion fascinaba con sus pompas religiosas. Los chinos, por una mutilacion del nombre de Boudda llaman al budismo la religion de Fo.

Pero una nueva reforma se produjo en el seno de esta misma religion, en la Tartaria China. Hácia los años 1400, un profeta llamado *Tsong-Kaba*, cambió la antigua liturgia, introduciendo en las ceremonias del culto innovaciones que ofrecen una singular analogía con ciertos ritos del catolicismo. La reforma de *Tsong-Kaba* triunfó rápidamente en todos los paises comprendidos entre los montes Himalayas, las fronteras rusas y la gran muralla; la China, el Japon y toda la Indo-China, permanecieron afectos al culto primitivo. Los lamas ó sacerdotes reformados adoptaron el gorro y vestidos amarillos; los bonzos conservaron el gorro rojo y los vestidos pardos. Las dos sectas, desde el principio rivales, viven actualmente de acuerdo mirándose como una misma familia. No obstante, tienen sus templos diferentes y no confunden sus ritos.

Los mongoles y los mandchúes, siendo todos del culto reformado, tienen muchos templos en Pekin, entre otros los célebres conventos de los Mil Lamas; pero hay mayor número de establecimientos religiosos pertenecientes á los *bonzos*. Dejaremos referir á Mad. de Bourboulon la visita que hizo en 1861 al Templo de los Mil Lamas.

«La entrada de la *Lamaseria* es notable por la profusion de estatuas que rodean el peristilo del templo principal. Véanse allí elefantes, leones y tigres, acurrucados sobre bloques de granito. Las grandes rampas que limitan lateralmente las escaleras están igualmente adornadas de raras figuras que representan dragones, quimeras, unicornios y otros animales fabulosos. Subiendo las gradas que conducen á la puerta de honor, se llega á una gran escalinata, que termina ante una de las fachadas del templo, hecha completamente de madera con esculturas barnizadas. Enormes armazones sostienen el edificio á cuyo interior pasa la luz por encerados de papel. Todos los maderos, todos los tableros, todas las piezas de madera están cincelados, tallados espléndidamente, ofreciendo un conjunto admirable de hojas, flores, frutos, mariposas, pájaros, serpientes. En medio de tan exuberante vegetacion de madera esculpida, y por formar contraste, aparece á veces un monstro con cabeza humana abriendo una espantosa boca y dejando ver sus largos y puntiagudos dientes.

Cuando penetramos en el interior del santuario hubimos menester algun tiempo para acostumbrarnos á la misteriosa oscuridad que nos envolvía. Los encerados de papel alumbran menos aun, que las ventanas de vidrios de nuestras iglesias. La ceremonia religiosa habia comenzado y el golpe de vista era en

verdad imponente. En el fondo, en frente de nosotros y sobre algo como altar que tiene la forma de un cono inverso, está sentada la *trinidad búddica* rodeada de una turba de semi-dioses y genios, sus satélites ordinarios. La estatua del Buddha, mole gigantesca de palo dorado, no tiene menos de 70 pies de altura. La cara del dios es regular y aun bella, y aparte la desmesurada longitud de sus orejas, encarna perfectamente el tipo caucásico. Los lamas mongoles, á quienes pertenece este templo, han conservado mejor las tradiciones religiosas que los *bonzos*, sus rivales, y saben que el profeta Buddha provenia de los paises de Occidente.

Delante de las estatuas de los dioses hay una mesa cubierta de vasos, candeleros y copas incensarias de bronce dorado. El interior del templo exornado de esculturas y cuadros, cuyos asuntos se refieren á la vida del Buddha y á las trasmigraciones de sus mas célebres discípulos. En las capillas laterales, formadas por pilastras cuadradas sin cornisas ni molduras, están las imágenes de los dioses inferiores: unas tarimas ó gradas con vasos de cobre para las ofrendas, y con braseros donde arden continuamente los perfumes, conducen hasta el pie de los ídolos. Ricas telas de seda sobrecargadas de bordaduras de oro, forman sobre los dioses grandes pabellones de que penden unas banderolas llenas de inscripciones y de linternas de papel pintado y de cuerno.

En frente del altar y en una dorada silla está sentado el gran lama, jefe de la comunidad. Su traje se parece mucho al de los obispos católicos: lleva en la mano derecha un gran baston en forma de cayado, en la cabeza una especie de mitra de color amarillo y en sus hombros un manto ó capa de coro, color violeta, prendida con un broche por delante. Los lamas inferiores están acurrucados simétricamente en series de á diez sobre esteras que cubren anchas baldosas casi al nivel del suelo: entre cada serie de éstas, queda libre el espacio suficiente para que se pueda circular sin embarazo. Los sacerdotes están todos cubiertos con sombreros de felpa amarilla con adornos de cordoncillo del mismo color, sombreros que se asemejan mucho á un casco de carabinero; y todos visten larga túnica, amarilla tambien, y ceñida con un cíngulo de seda roja; calzan botas de felpa escarlata; pero en prueba de humildad las dejan en el vestíbulo y entran descalzos en el templo. Siéntanse cruzando las piernas á la manera oriental, mirando al coro y en la serie ú orden que les corresponde segun su dignidad.

Pero hé aquí que resuena el *gong*, que llama al recogimiento, á la plegaria. El gran lama se arrodilla sobre el cogin de cerda que se le ha preparado delante de su asiento: los asistentes se prosternan en las esteras con los brazos estendidos en actitud de profun-

da adoracion; despues un maestro de ceremonias, que hace tambien el oficio de sacristan, agita una campanilla, y los lamas murmuran en voz baja unas oraciones que leen en formularios de papel de seda desarrollados ante sí. En este solemne acto, uno de nuestros compañeros que examinaba atentamente un bajo-relieve con las manos cruzadas atrás, es invitado por uno de los sacerdotes á tomar una postura mas decente. Un nuevo aviso de *gong* anuncia luego los cantos sagrados, y comienza una salmodia á dos coros, que se responden alternativamente. En este canto llano en que cada cantor perpetúa la misma nota, oímos algunos bajos de primer orden; pero el canto es siempre lo mismo, pues solo varía de intensidad.

Despues de la música vocal, imponente; aunque monotonía, vino la instrumental: tres lamas llevan el compás; el uno hierre duramente el parche de un tambor, el otro el cóncavo de una palangana de cobre, el tercero agita una estruendosa carraca: añadid á ésta la armonía de las campanillas, de los cuernos marinos y del *gong*, y tendreis idea de esta religiosa cerrada. El servicio divino dura una hora con alternativas de música vocal é instrumental y rigoroso silencio. En ciertos pasajes, los lamas golpeaban el suelo con sus frentes delante de la estatua del Dios; mientras el gran sacerdote, levantando al cielo los brazos atraía sobre ellos las bendiciones supremas. El sonido de las campanas, las genuflexiones, el canto llano, el olor del incienso, el traje y tonsura, en fin, de los oficiantes, me han hecho eficazmente recordar las ceremonias del catolicismo: es tambien ésta la opinion de nuestros misioneros, que atribuyen al reformador del buddismo viajes al Asia Menor, donde conociendo los ritos de la Iglesia, concibió sin duda la idea de introducirlo en el antiguo culto.

No hay en Pekin templo mas rico ni que atraiga mas devotos que el de los Mil Lamas: las creencias religiosas son aun muy poderosas entre los tártaros, los mongoles y los mandchúes, los cuales profesan gran respeto á los sacerdotes; y yo debo asegurar; despues de haber asistido tantas veces á las serviles bajezas de los bonzos mendigos, á sus cínicas comedias de devocion, al menosprecio de que en todas partes son objeto; que sus colegas los lamas guardan un porte mas digno, una reserva mas sacerdotal, y un ceremonial mas solemne, mas grave, mas religioso; ventaja que esplica en parte el gran éxito del buddismo, esa famosa religion que cuenta en Asia mas de trescientos millones de sectarios.»

En efecto, los bonzos están muy lejos de tener en China la importancia que los lamas en el Thibet y en la Tartaria. Las mas célebres *bonzerias* se hallan en un estado de completa decadencia, y la incredulidad siempre creciente quita toda esperanza de restauracion. En ciertas épocas del año vése un gran nú-